

En tu gloria

Por Virgino Osta





Un hermoso capítulo del famoso libro RISAS Y LA-GRIMAS, de la celebrada escritora portoplateña Virginia Ortea, en el cual quedará compilado lo más selecto de su producción literaria, según el Proyecto de la Sociedad “Renovación”, y de todos sus compueblanos, como homenaje imperecedero a la notable intelectual.







Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

EN TU GLORIETA



EN TU GLORIETA

A VIRGINIA GONZALEZ

Primer premio en el Certamen literario del 27 de Febrero

Nunca recuerdo sin un suspiro muy hondo las dichosas horas que he pasado bajo el rústico colgadizo que inventó levantar tu delicado ingenio y buen ojo de mujer casera y práctica, como especie de apéndice de tu casita, y el cual yo bauticé desde el primer día con el pomposo título de glorieta.

Desde ese momento te auguré también éxito completo; tu glorieta no tardaría en ser el sitio más poético del pueblo, te decía, y por más que entonces rieras de mi entusiasmo, tendrás que confesar hoy que estaba muy en razón; que bien vemos que la poesía consiste en la sencillez y siempre la brinda con sus dones la pródiga naturaleza, si esta sencillez la guía una mano inteligente y delicada.

La rusticidad de tu glorieta es su mayor encanto



¡Qué bien saben envolverse las enredades en los guías que sabiamente has colocado, y conducen sus ramas a lo alto!

Cómo se empinan alargando, cual brazos, sus verdes filamentos que se adhieren a la madera para proteger su ascensión, y al llegar, frescas, orgullosas de sí mismas, cubrirse de flores y botones!

Mientras subían, las trepadoras, los arbustos y hojas de colores colocadas a sus pies y en torno de ellas no quisieron ser menos, y se alzaban también y florecían...

La brisa, al penetrar por el enrejado de cañas de castilla, hacía temblar levemente el toldo, susurraba alegre, embriagándose con aromas, y saturaba con ellos, en su loca prodigalidad, todo el recinto.

La alfombra de menuda hierba, que en un principio fué único adorno del suelo, desapareció mustia y despechada bajo varias capas de blanquísima arena y finos guijarros.

Una mesita en el centro con un ramillete de mosquetas y madre selvas y un par de rústicos banquillos era todo el mueble... Nó, me olvidaba del gran sillón que allí se colocaba para mí, y que era preciso aceptar, porque así intentabas designarme la presidencia, y yo, muy satisfecha de mi cargo, asistía desde él a las brillantes reuniones.



RISAS Y LAGRIMAS

Escasa, eso sí, pero selecta era mi gente —tu mamá y tú— pues rara vez nos permitimos el lujo de un convidado.

Más, qué bien se pasaba el tiempo!

¡Qué deliciosas eran aquellas tertulias, cuando con toda confianza, sin restricción alguna, llevaba cada cual sus pensamientos, sus esperanzas y temores, que allí se analizaban y discutían con calor!

Y no hubo pena oculta en lo más íntimo que no se arrancara del alma para exponerla allí, segura de hallar la miel de la simpatía y el consuelo.

Y qué café tan incomparable el que me servías en aquellas tasitas pequeñas y graciosas!

Y cómo no recordar las golosinas confeccionadas allí mismo y saboreadas después entre comentarios y risas?

—Todo aquí sabe a gloria —te dije muchas veces.

—El café que se toma es incomparable.

—Lo mismo pienso yo cuando estás tú —contestaste un día.— Los libros que leemos juntas y comentamos; las flores que nos hacen compañía; el café, una fruta, todo parece mejor si reunidas nos damos a las galas con que la imaginación, esa dulce embustera, lo reviste todo. Estamos sujestionadas por el encanto de la poesía que tú aseguras que aquí se derrocha y saturadas por ellas sentimos, y gozamos de todo lo que nos rodea.



—Convengo —dije.— Pero no me niegues que la imaginación, si así es, es bien poderosa. Bendita sea ella que sabe hermohear con toques supremos, de sutilísima delicadeza, lo que veríamos con indiferencia si ella faltara...

La vida en seco, mirándola siempre por su lado mezquino, debe ser bien monótona, tonta, estúpida, imposible, casi, para quien no fuera vulgar y necio.

Siempre veo con prevención a la gente que goza solamente con aquellas satisfacciones en que ninguna parte toma el espíritu, que lo relega, que lo hecha de sí como estorbo inútil.

Los que se burlan del sentimiento, incapaces de darle abrigo y con la mente ociosa, cruzan los caminos del mundo sin ideal, sin aspiraciones, sin buscar placer ni esperarlo en donde no haya algo de grosero y brutal.

Los vanidosos, que, como el pavo real sólo fundan su dicha en el lucimiento provocativo de lujosos atavíos, los que toman la felicidad en su más burda acepción no sienten la espina del dolor sino al ocurrir la pérdida de esa clase de felicidad... a esos... ¡qué se yó!

Me parece que se engañan en su goce, que es ficticio; que no hay en él las fruiciones, la dulce, plácida serenidad que aún en los trasportes de las dichas



RISAS Y LAGRIMAS

en que el espíritu toma parte activa pueden sentirse, y les compadezco.

¡Pierden lo mejor! Han dado alimento a una mitad de su sér; la otra, olvidada, lánguida, hambrienta, se deja morir, se aniquila insensatamente!

—He aquí la causa del romanticismo defendida bravamente —repusiste.

—No es la causa del romanticismo precisamente. . .

Es la causa del alma, del sentimiento. El cuerpo y el espíritu están ligados íntimamente, no pueden desunirse sin que la falta de aquella porción que se relegue se haga sentir.

La chispa divina que nos acerca a Dios y de El nos viene; ¿por qué renegar de ella? ¿Por qué no ha de acompañarnos siempre, si es el más hermoso galardón con que nos distinguió el Creador?

Sí, compadezco de veras a los que no tienen imaginación.

—Y esos son dichosos —dijiste con esa calma y buen juicio que tienes—; porque si ella no les eleva refinando sentimientos, tampoco les deja sentir los dolores crueles de las caídas de grandes alturas. Las alas de la imaginación son frágiles. . . La realidad se encarga de destrozarlas, y ¡ay! del que con ellas haya ascendido mucho.



Aquel día sentí por primera vez, en aquel recinto, un dolorcillo agudo en el alma: la convicción de esa cruel verdad.

Con todo, defendí a la imaginación con brío.

Tú, sonriendo, fuiste a buscar algo entre las tupidas ramas de la enredadera:

—Mira —dijiste, mostrándome algunas hojas roídas—; aquí tenemos un enemigo haciendo destrozos.

Me acerqué a tí para ver el daño: no sólo las hojas, muchas flores tenían rotos los pétalos y manchadas las corolas, y no tardamos en descubrir a los destructores, gordos y perezosos gusanos, arrastrándose y mordiendo las galas de tu bien cuidado toldo.

—Destrocémosles a nuestra vez, —dije con firmeza—. No haya compasión para los que vienen a destruir las bellezas que atesoramos.

—Todo tiene enemigos —dijiste sentenciosamente.— Al menos, éstos se alimentan con nuestras hojas. ¿Qué dirías si lo hiciesen gratuitamente?

Reí de la intención. Hay pensamientos dolorosos de que reímos por no llorar. Comprendiéndome tú, aun remachaste tu intencionada sátira:

—Tú dirás que estos pobres no tienen malicia como las criaturas, ¿verdad?

—Ah —exclamé.— Quien sabe si también la humanidad se alimenta del mal que hace!



Aquel día hicimos verdadera matanza de los pobres gusanos.

En la resaca hube de dar con uno convertido en oruga, oculto hasta entonces.

—He aquí uno que va a echar alas —dije.— Dejémosle vivir en gracia de ellas.

Y en efecto, una mañana asistimos al nacimiento de la mariposa. La flor alada entreabrió su capuz sacudiendo las tenues alas de pintada seda, y salió de él triunfante, con el vuelo incierto, a recorrer, caprichosa y voluble, el perfumado recinto.

Y desde se día las tuvimos de huésped en la glorieta. Si se alejaba, volvía... Continuamente la veíamos girar en torno de nuestras cabezas, o tratando de esconderse entre el cáliz de las flores que nos rodeaban.

—Es una nueva amiguita —te decía yo— que empezamos a amar como se ama la dulce poesía de todo lo que es inocente, frágil, delicado... También viene a servir de afirmación a mis opiniones; es una lección que da a la humanidad la naturaleza; el triunfo del espíritu sobre la materia.

Ya tiene alas. Ya dejó de ser vil gusano para convertirse en flor. Así simboliza a la imaginación, las alas que se han dado a la criatura para que se alce sobre sí misma y no manche en el polvo su vestidura...



VIRGINIA ORTEA

La ves volando alegre y voluble? Pues no está ociosa. Ejerce un ministerio sagrado: es fiel mensajera que lleva de una flor a otra, como una carta amorosa, el misterio de sus perfumes. . .

.....

Una mañana me mandaste llamar; al penetrar en la glorieta, sin una palabra me mostraste a nuestra favorita, agonizante, en el suelo, moviendo aún las alas rotas, toda cubierta de hormigas que trataban de arrastrarla.

Me apresuré a librarla de aquel martirio; traté de reanimarla, colocándola en la flor más perfumada.

—Será inútil —dijiste.— No puede vivir sin alas.

—¿Cómo ha sido ésto? —pregunté.

—Debió querer volar muy alto —repondiste con cierta entonación— y el viento o no sé qué la ha echado al polvo, al que nunca descendía, como decías tú.

—Mira en cambio los gusanos —añadiste, mostrando el revés de una hoja en que roía cómodo y glotón uno de ellos— como no tiene alas se queda quieto y ningún peligro corre. . .

La pobre mariposa había cesado de moverse.

Yo te la presenté en la palma de la mano, muerta, y con honda, intensa pena:



RISAS Y LAGRIMAS

—¡Ay! suspiré; para esto pudiste volar! Para esto pudiste elevarte!

—Decías que la imaginación tenía alas... así —interrumpiste tocando las rotas del pobre insecto.

—Sí, así son, como estas, tenues, frágiles, bellas...

Las destruye el menor vaivén para hacer descender al polvo, roto, destrozado el corazón que elevaron.

Lo lógico, lo sabio sería cortar las alas cuando empiecen a nacer. Ser insecto, no flor...

Pero, ¿puedes creerlo?

Yo quiero conservar las mías... ¡quiero volar con ellas mientras las conserve!...



